

MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere, *Alianza Popular/Partido Popular. Del franquismo a la democracia (1976-1996)*, Comares, Granada, 2025, 272 pp.

La portada no es bonita, pero sí precisa: sobre un fondo azul chillón se recortan las siluetas de Aznar y Fraga, el primero exultante palmeando la espalda del presidente fundador resignado, aunque satisfecho por la sucesión al frente del partido. Lo mejor del libro es la claridad expositiva. Con una formulación clásica, empirista sin complejos, la pareja de reconocidos historiadores recorre los veinte años que le costó a la derecha reformularse tras el final del franquismo y recomponerse como formación política legitimada. En el libro se detallan los acontecimientos y procesos principales del tiempo que medió entre la fundación de Alianza Popular, en el otoño-invierno de 1976-1977, y la victoria electoral de marzo de 1996 que colocó al Partido Popular al frente del gobierno; en el intermedio, el decisivo IXº Congreso de enero de 1989 en que se refundó y renombró el partido, y se sustituyó a Fraga por Aznar al frente.

La claridad expositiva queda ya patente en la identificación de siete etapas que se corresponden con otros tantos capítulos del libro, y que se analizan no desde una visión de los movimientos internos del partido, sino desde los programas y la actuación concreta de este a cada instante. A saber: la creación de Alianza Popular en el tardofranquismo y el protagonismo de Fraga en ese intento de alumbrar una «democracia española» (1976-1977); el posicionamiento del partido en el proceso transicional y en relación con la Constitución (1977-1978); la cultura política de la derecha no consociacional que representó AP frente a la UCD de Suárez (1979-1981); la sustitución de un partido por otro —UCD por AP— al frente de la derecha tras la implosión de aquel y la emergencia de una alternativa socialista (1981-1982); sus reiterados fracasos tratando de evitar que el PSOE definiera un nuevo país (1982-1986); sus otros fracasos para adaptar el partido a la competición democrática frente al socialismo mayoritario, y el tránsito de AP a PP (1986-1989); finalmente, los dos fracasos de Aznar tratando de llegar al gobierno, el logro de esa intención y las bases de su primera legislatura (1989-1996).

Fraga es el protagonista de este tiempo, porque Aznar queda en el epílogo necesario para hacer posible esa imposible oportunidad de gobernar. Fraga era el mayor impedimento para ello por su excesiva personalidad y su concepto de «democracia (a la) española». Su idea de la «mayoría natural» —un concepto soreliano— era muy forzada y expresaba mejor el impedimento que las posibilidades porque remitía al tipo de horizonte que el franquismo no quiso propiciar y que Fraga tampoco contemplaba como objetivo. Si la democracia liberal («a la europea») era su punto de llegada, para la mayoría constituía el de partida para hacer posibles algunos de sus sueños de cambio. Por ahí, Fraga no tenía nada que hacer y nada hizo.

1976, cuando lo intentó, fue el peor año de su carrera, pero los siguientes no le fueron mejor. Tuvo que esperar a que quien le robó su concepto de «centrismo» —Adolfo Suárez— consumiera su papel histórico en la Transición para heredar los despojos de un partido que se demostró para la ocasión. Los restos de lo que iba saliendo y de lo que luego fue quedando de aquella UCD convergieron en una concentración derechista a cuyo frente solo estaba Fraga. Pero esta segunda oportunidad tropezó de nuevo con la historia: los españoles no le veían como alternativa frente a Felipe González, dispuesto a hacerles europeos. Sus sucesivas derrotas y su salida y regreso al frente del partido le confirmaban que nunca llegaría a dirigir el país.

En esa década de los ochenta se fue conformando la actual derecha española mediante dos procesos que describen bien Molinero e Ysàs. Primero, aquel partido casi de extrema derecha —el de los «siete magníficos» ministros de Franco— tenía que desprenderse de sus aristas más duras: conservadurismo agónico, españolismo esencialista, rechazo visceral de otros nacionalismos, reivindicación de los logros de la dictadura... Tenía que pasar de neofranquista a centrista. Después, enlazó con la cultura conservadora de la «revolución» de Thatcher y Reagan, partidaria de menos Estado y del neoliberalismo. Una derecha estatista y planificadora, a caballo entre el falangismo y el cristianismo político en su idea de justicia social, hubo de desprenderse de su visión paternalista del pueblo y abrazar otra de los individuos responsables que constituyen la sociedad. Su contraparte «neocon» ya venía de fábrica: su obsesión decadentista y la apelación a la crisis civilizatoria. Con ese pertrecho sus herederos trataron de enlazar, no con la «mayoría natural» del franquismo sociológico, sino con la generada por el acelerado cambio encabezado por los socialistas.

Muestra de ello fue su evolución con la España autonómica. La llegada de la derecha al poder de gobiernos regionales —en Galicia acabó Fraga— convenció a las élites conservadoras de sus beneficios, abandonando su inicial visión apocalíptica. Así pasó con las batallas culturales de los ochenta, cuando a veces no le siguió ni la Iglesia, a pesar del esfuerzo movilizador, y donde chocó con una mayoría electoral motivada por el cambio. De manera que la derecha española fue forjando una cultura política a partir de sus fracasos, asumiendo parte de lo construido por su oponente —derechos ciudadanos, universalización de los servicios públicos—, y no desde su alternativa, derrotada sistemáticamente. El votante de la UCD siguió más cómodo con la papeleta PSOE que con la del PP.

En 1986, tras la salida de Fraga, Herrero de Miñón podría haber enmendado el rumbo, pero este tampoco estaba exento de la prepotencia del fundador, más parecidos al teórico e improductivo Maura que al pragmático y directo Cánovas (en acertada observación de Charles Powell). El partido moderno de masas que diseñó Herrero, alternativo al PSOE, no antiPSOE, embarrancó entre poderes regionales de la formación, recelos contra los «ucedos», alternativas pintorescas (Hernández Mancha) o el fracaso de la apuesta única (Marcelino Oreja). De

manera que la agonía del partido socialista en los primeros noventa no le fue suficiente a Aznar para sacarle de La Moncloa hasta 1996. La derecha que llegó al poder entonces lo hacía más por el desgaste del de enfrente que por el atractivo de una formulación política que enseguida hubo de ocultar hasta su segunda legislatura.

El libro de Molinero e Ysàs aporta un gran caudal de información bien organizado y explicado para entender la cultura política de la actual derecha. Muchas páginas nos llevan al presente, lo que señala las constantes vitales de ese mundo, conformadas en su herencia postfranquista y en su necesario empeño por convertirse en una derecha al uso. Con todo, explican los autores, esas rémoras históricas pesan en exceso (sus rechazos viscerales a parte de la Transición, a la ley de Amnistía, a la propia Constitución o a la España autonómica, el odio al «intruso» Suárez o a las transformaciones de la España socialista), y el estilo bronco y apocalíptico se reitera con demasiada frecuencia frente al oponente. Nuestra derecha patria aparece poco moderna y la pregunta remite a si es por culpa de sus lejanas adherencias autoritarias o por sus tardías digestiones de lo que a cada tiempo ha caracterizado el corpus político conservador. Una segunda parte de este estudio, entre 1996 y 2026, el tiempo constructivo y verdaderamente alternativo del Partido Popular, permitiría a los autores dar alguna respuesta a tan crucial y presente cuestión.

*Antonio Rivera*